

El Susurro en la Niebla

El pueblo de Eldermere despertó aquella mañana cubierto por una niebla espesa, más densa de lo habitual. Los habitantes, acostumbrados al clima invernal, no prestaron demasiada atención hasta que alguien notó la ausencia del viejo Henry, el farero.

La joven Elara, quien solía llevarle pan cada amanecer, fue la primera en descubrir que el faro permanecía apagado. Al entrar en la cabaña de Henry, encontró su silla meciéndose lentamente, como si alguien acabara de levantarse. Sobre la mesa, una nota escrita con mano temblorosa decía:

"La niebla susurra mi nombre. No me esperen de vuelta."

Los aldeanos organizaron una búsqueda. Recorrieron la costa, llamaron su nombre en el bosque y exploraron la torre del faro. No había rastro de Henry, pero algunos juraban haber escuchado su voz entre la niebla, murmurando palabras incomprensibles.

Esa noche, Elara decidió quedarse en el faro. Encendió la lámpara y esperó. A medianoche, la niebla pareció cobrar vida, arremolinándose en figuras extrañas. Y entonces lo oyó: un susurro familiar llamándola por su nombre.

Elara se giró lentamente. Frente a ella, una silueta apenas distingible se materializaba en la bruma. Henry la miraba con ojos vacíos y una sonrisa ausente. Cuando alzó la mano para tocarlo, todo se desvaneció.

A la mañana siguiente, la niebla se disipó y la lámpara del faro seguía encendida. Pero Elara nunca volvió a ser la misma.

Desde entonces, cuando la niebla regresa a Eldermere, algunos dicen que pueden ver dos sombras en el faro, susurrando entre sí.